

MEMORIAS SOBRE BOLIVIA. LA REVOLUCION DE VILLARROEL

(Francisco R. Bello, Buenos Aires. Repertorio Latinoamericano, 2001,
192 pp.)

“Yo he visto. Y quien ha visto cesa de pensar y de sentir. Sólo sabe describir aquello que ha visto” dice Milosz, no el poeta polaco sino el lituano. Estuve destinado en la embajada argentina en La Paz de Bolivia, como secretario primero y como consejero después, durante cinco años en la década de los cuarenta, época a veces dramática y a veces trágica de la política boliviana. Vi y describo lo que he visto, pero no como el gran poeta lituano: pensé y sentí con posterioridad todos aquellos sucesos, porque me encariñé con ese país donde nacieron dos de mis hijos, hice muchos amigos que aún recuerdo con nostalgia y me identifiqué con su gente y su paisaje.

Citaré algunos nombres de esos amigos, con el riesgo cierto de incurrir en omisiones, porque muchos de ellos no figuran en el relato, pero sí estaban junto a mí en el escenario. Entre mis jefes, don Avelino Aráoz, un señor de esos que desgraciadamente ya no existen y que sólo daba Salta; el general Martín Gras, pundonoroso militar de infatigable actividad; Guillermo Achával, diplomático de carrera, celoso de su alta representación jerárquica. Tuve otros jefes accidentales: Juan José Varela, que había ingresado a la cancillería con el doctor Ángel Gallardo, allá por el año de 1926 y Francisco de Veyga, hijo del sociólogo del mismo nombre,

que con José Ingenieros y Rodolfo Rivarola escribieron páginas inolvidables de la sociedad argentina. Con el general Gras y con Francisco de Veyga nos reuníamos, muchos años después, una vez a la semana, en un restaurant de Buenos Aires, para recordar el pasado común y discutir el presente. De los colegas de la embajada, recuerdo en este momento a Roberto Henestrosa Raffo, agregado cultural; a Enrique Quintana, que sería con el transcurso del tiempo uno de nuestros grandes embajadores; a Ernesto Nogués, que fue jefe del ceremonial durante el ministerio de Mario Amadeo y al inteligente agregado comercial, doctor Carlos Roura. Los agregados militares, durante mi permanencia en La Paz, fueron el mayor Vicente Benito, el coronel Ricardo Ramayón y el coronel Fernando Carlés, que se desempeñaron en sus difíciles cargos con la dignidad que correspondía a los representantes del ejército argentino. El entonces coronel Fernando Carlés escribió un libro sobre geopolítica boliviana, que todavía leen los estudiosos de la materia.

Entre los diplomáticos de otros países acreditados en La Paz, recuerdo a José Luis Bustamante y Rivero, embajador del Perú; a Benjamín Cohen, embajador de Chile y a José Mora Otero, ministro del Uruguay. A Cohen lo volví a encontrar como secretario general de las



Naciones Unidas y a Mora Otero como secretario de la Organización de Estados Americanos. Bustamante y Rivero fue más tarde presidente del Perú.

En años posteriores, allá por 1950, razones políticas me habían alejado del servicio diplomático y un grupo de capitalistas uruguayos y argentinos me encomendaron la organización de algunas empresas comerciales en Bolivia, tarea que me fue fácil por la vinculación amistosa que me unía con la gente del altiplano. Así volví a ponerme en contacto con amigos como Agustín Madrazo, Enrique Baldivieso, Alfredo Alexander, Jorge Lavadenz, Jack Meschwitz y un argentino radicado en Santa Cruz de la Sierra, Iván Bartolucci. Entre las empresas organizadas estaba una denominada “Ñuflo de Chávez”, para explotar el hierro de Mutún. Pero ese es otro cantar.

En ese mismo año de 1950, volví a encontrar en Buenos Aires, exiliado, a Víctor Paz Estenssoro, que sería después reelegido presi-

dente de Bolivia, y a Emilio Sarmiento, hijo de don Félix Sarmiento, un cónsul argentino destinado a Cochabamba, que había optado por la nacionalidad boliviana. Nos volvimos a encontrar con Sarmiento en la Organización de los Estados Americanos, donde representábamos a nuestros respectivos países. Pero ese es también otro cantar.

Porque estas son memorias para la revolución de Villarroel. Son memorias, son saudades. El escritor portugués Teixeira de Pascoaes, cuando escribió las suyas, dijo: “Eu sou uma saudade do que fui” y Chateaubriand, a su vez, casi repitió lo mismo: “Todos mis días son adioses”. Para Chateaubriand la cosa fue más grave todavía, porque madame de Bonnavy, cuando leyó las *Memorias de Ultratumba*, comentó: “Estas son las memorias de un ultratombé”...

País de los contrastes

Viajeros ilustres han descrito el paisaje boliviano. D’Orbigny, Rubén Darío, Kayserling, Waldo Frank, han mirado con ojos de geógrafos, de artistas, de filósofos o de políticos aquel panorama a veces inhóspito y hostil y otras risueño y cálido, sin olvidar la zona de mayor poder emocional, la puna, que se extiende desde la frontera argentina hasta los límites con el Perú, “vasta cueva y ocioso desierto” como el cautiverio de Otelo, circundada de montañas a cuyo pie las poblaciones buscan abrigo del viento fuerte del Altiplano: Potosí, al pie del cerro legendario; La Paz, al pie del Illimani; Sorata, al pie del Illampu.

Potosí llegó a tener 200.000 habitantes cuando la Colonia. Era

la ciudad más poblada de Sud América y la plata del cerro estimulaba en ella el arte, que llegó a rivalizar con el del Cuzco. Las iglesias de Potosí son todavía una manifestación de esa cultura artística. El cerro ha perdido su misterio, porque cinco mil socavones lo atraviesan y está exhausto. Bolívar subió un día hasta la cima y allí dijo: “Todo el oro y la plata que se encuentran bajo mis pies, no valen lo que un día de libertad”. Deliró, como en el Chimborazo. Carlos V hizo de Potosí “Villa Imperial, fidelísima y noble”. Su escudo encierra, en campo de oro, el cerro; por uno y otro lado, las columnas de Hércules y una leyenda sobre franja azul: “Plus Ultra”. Ahora es un gran campamento minero, con la memoria del pasado opulento. Cerca de la ciudad, en La Fombera, se conserva la piedra bautismal de Cornelio Saavedra, héroe de la libertad argentina. Goethe lo dijo: “En la montaña mora la libertad”.

La Paz es una ciudad moderna. Fue fundada a la orilla del río Choqueyapu, “el río que arrastra oro”, para explotar el generoso metal. La raza aymara vivía en sus orillas y permaneció entera y compacta frente a la invasión incaica. Todavía lo está. La Paz es el centro aymara de Bolivia, dominador del país. El Illimani, “cosa eterna”, es el centinela de su hegemonía. En el confín de la ciudad se divisa su mole majestuosa, cubierta de nieve. Mitre vivió en sus faldas, en la hacienda de los Ballivián y escribió allí una novela, *Soledad*. Un cerro divide en dos la ciudad populosa, dejando a un lado Miraflores y al otro Sopocachi. Mariano Melgarejo quiso quitarlo y no pudo. En los atardeceres transparentes de La Paz, suben hasta su cima indios solitarios a

contemplar por largas horas la ciudad moderna, que no es la de ellos. La sorda tristeza del aymara es una fuerza.

Sorata, "sembrado de maíz", fue el Paraíso Terrenal. Un sabio boliviano, Villamil de Rada, espíritu inquieto y aventurero, como el de Concolorcorvo, pero más profundo, descubrió los indicios de la existencia de la primera pareja terrenal. Lo mismo creyó Antonio de Luis Pinelo y el propio Cristóbal Colón. La lengua de Adán se hablaba allí. El Illampu, "cumbre resplandeciente", domina el paisaje, de profusa vegetación y apacible soledad.

En el norte de Bolivia están Tiahuanaco y el Lago Titicaca. Tiahuanaco es la manifestación extraordinaria del poderío y de la civilización de una raza anterior a la incaica, que imperó en Sud América y que desapareció repentinamente por una conmoción sísmica o por una condena divina. Grandes moles monolíticas de traquito indican al viajero que se encuentra frente a un inquietante problema arqueológico. En las Islas Británicas, en Wiltshire, se hallan los monumentos arqueológicos más famosos del mundo, después de las Pirámides. Avebury Circle, Silbury Hill, Old Sarum, no tienen más de cuatro mil años de antigüedad antes de Cristo. Posnansky hace remontar a diez mil años de antigüedad antes de Cristo, el florecimiento de la civilización tiahuanacota. Tiahuanaco quiere decir "siéntate, guanaco". El Inca Tupac Yupanqui rendía así homenaje a la velocidad de un chasque que le condujera un importante parte de gobierno. Sobre las ruinas de Tiahuanaco se celebró el primer aniversario de la libertad argentina.

El 25 de mayo de 1811 Castelli dictó un decreto, de pie sobre una de esas grandes piedras caídas, aboliendo la esclavitud indígena. Arenegó a la multitud de indios que lo rodeaba, explicándoles los alcances de la revolución y los beneficios de la libertad. Cuando les preguntó qué más querían ellos del gobierno revolucionario, los indios le contestaron: "Abarrante, tatay", "aguardiente, señor".

El lago Titicaca es sagrado para los incas. De una de sus islas salió Manco Capac, el fundador del reino, en busca de mujer y de tierra de labradío. Ambas cosas halló y así nació el Incanato. Las islas del Sol y de la Luna fueron por mucho tiempo el refugio de los sacerdotes y de las ñustas, adoradores del sol. Santo Tomás estuvo allí y dejó una cruz que los españoles encontraron a su arribo. En la orilla del lago, el santuario de Copacabana guarda la virgen milagrosa tallada en rústica madera por Tito Yupanqui. La hermosa playa carioca del Brasil debe su nombre a esa virgen. El lago es el límite entre Bolivia y Perú. Gran parte del mismo pertenece al Perú en virtud de convenios fronterizos. Es azul y hay tempestades en su seno. Sierras plomizas sirven de fondo al magnífico escenario y ellas le dan su nombre al lago. Titicaca quiere decir "sierras de plomo".

Ese es el altiplano y la puna. El "sorojche", el mal de puna, un mal en parte telúrico y en parte psicológico, dificulta allí la vida del hombre de otras regiones. El aire rarificado a los cuatro mil metros de altura, que es la normal de la zona, no alcanza a purificar la sangre llanera. Digo que el mal en parte es psicológico, porque mucho

influye en él la aprensión. El presidente de una misión científica argentina que fue a estudiar la conformación biológica del "hombre de altura" tuvo, sobre esto, su experiencia. Cuando el convoy en que viajaba recorría una zona baja, sus compañeros pusieron el altímetro a cinco mil metros y se lo mostraron. El presidente de la misión científica leyó el altímetro, sintió el "sorojche" y perdió el conocimiento.

Del sur al noroeste, en toda la extensión de Bolivia, la puna domina el paisaje. Altiplano y cerro. Inmóvil galope de montañas, como dice Franz Tamayo. Esa tierra, nada generosa, y el agua gélida del lago Titicaca fueron, sin embargo, para el indio, fuentes de veneración y símbolos de permanencia. La "Pachamama", la madre tierra y la "Mamacocha", la madre agua, estuvieron presentes en las oraciones de la raza. Algo de esa fuerza pagana se advierte hoy en el catolicismo popular de Bolivia. Las formas cambian, pero el alma es la misma, diría Emerson.

Hacia el este de esa franja se extiende la región subtropical de los valles y de los bosques. Esa región es el contraste. Si en el altiplano la naturaleza hostil agudiza fundamentales energías del hombre, en defensa de su propia vida, en los valles y en el trópico la naturaleza excesiva aplasta su voluntad. De allí se infiere que, con menos recursos, el hombre del altiplano domina en Bolivia. Tarija, Sucre, Cochabamba, Santa Cruz, el Beni, son etapas de la marcha del altiplano hacia el trópico, desde las "cumbres solitarias de esos páramos extraños y gigantes", hacia "la serrana y lúcida belleza de los bosques; la cálida

ambrosía de los rubios panales; y el amado pueblecito y la paz y la alegría”.

Tarija es como una prolongación del norte argentino. Fue fundada para evitar las depredaciones de los chiriguanoes en Salta y Jujuy. Se encuentra en un amplio y extenso valle, rodeado de montañas. Fue fértil. Tenía maíz y ganado en abundancia. Según Bernardo Trigo, la riqueza ganadera argentina tuvo su origen en cuatro mil cabezas de ganado que don Juan Torres de Vera y Aragón sacó de Tarija, de acuerdo con las constancias de un informe que el 29 de octubre de 1574 dirigía el Cabildo de dicha ciudad a la Real Audiencia de La Plata. El taldado de los bosques ha provocado la erosión del suelo y la tierra se está tornando estéril. El San Juan y el Guadalquivir ya no pueden detener el daño. La ciudad es humilde y clara. Cuando se construyó el ferrocarril a Potosí y a La Paz por Villazón, Tarija perdió su importancia económica que mantenía desde la Colonia como lugar de tránsito entre Salta y la Villa Imperial. Abandonada a su suerte, vegeta en la inacción y la esperanza. Su gente es calmosa. Su idioma conserva muchos giros del español antiguo. Las mujeres tienen una elegancia especial al caminar, debido a la costumbre de conducir sus cargas en la cabeza. En el Convento de San Francisco vivió doce años Fray Mamerto Esquiú. Todavía está la celda que habitó en aquella soledad, huyendo de las vanidades del mundo. Las cosas argentinas se conocen minuciosamente. Un viejo cancionero chapaco —el chapaco es nuestro gaucho—, reconoce la circunstancia:

Cállense, no mientan tanto,
sólo yo hablo la verdad:
cuando llueve en Buenos
Aires,
aquí llega la humedad.

Los chapacos pelearon a las órdenes de Belgrano en las luchas de la independencia. Se distinguieron en Tucumán. Allí pasaron “como rayando el surco pa’ la siembra”. De Tarija era la familia del “manco” Paz y allí nació Víctor Paz Estenssoro.

Sucre es, todavía, Chuquisaca. Los años no han pasado para “la cuna volcánica de la revolución”. A pesar de ser legalmente la capital de Bolivia, las autoridades ejecutivas y legislativas residen en La Paz. Su aspecto colonial, sus recuerdos, los interiores floridos y románticos de la ciudad blanca. El viejo empedrado de sus callejas. Santo Domingo, La Santa Inquisición. “¡Yo os saludo, ruinas solitarias, tumbas santas, muros silenciosos!” El general Carlos María de Alvear, plenipotenciario argentino, fue sorprendido un día escalando los muros de las Mónicas y tuvo que huir de la indignación popular. Un técnico norteamericano, Mr. Bohan, enviado por el gobierno de los Estados Unidos para aconsejar medidas de progreso en Bolivia, visitó Sucre y se negó a realizar allí su cometido. “Sería un crimen —dijo— que el progreso profanase este santuario del pasado”. Los sucrenses se disgustaron. La Universidad histórica, con otro sentido ya, continúa honrando la cultura de América. El canónigo Gorriti fue rector del Colegio Junín, y en sus aulas Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, enseñaba anatomía a sus alumnos sobre su propio cuerpo desnudo. Cuando un

amigo le raptó la mujer, le escribió: “Sírvese devolverme a mi mujer, porque yo también la necesito para los usos a los que usted la tiene destinada”. Chuquisaca viene de “choquechaca”, puente de oro. El oro y la plata de Potosí exaltaban la riqueza de Chuquisaca, pues el clima favorable hacía que los mineros de la Villa Imperial fundaran sus hogares en la ciudad docta. La fuerza telúrica de las montañas que rodean a Sucre es extraordinaria. Grandes tormentas eléctricas suelen desatarse, que repercuten en el sistema nervioso. Sucre, el glorioso vencedor de Ayacucho, fue el primer Presidente de Bolivia, pero duró poco. A los tres años de gobierno fue arrojado de la capital que lleva su nombre al grito de “¡fuera los mulatos!”. Un escritor francés, naturalmente, dice que el nombre de la capital de Bolivia se debe a la producción intensa de caña de azúcar (sucre), en la región.

Cochabamba era, allá por los años cuarenta, la ciudad del futuro de Bolivia. Ahora parece haberla superado Santa Cruz de la Sierra. Rivalizaba, entonces, con La Paz, en muchos aspectos económicos y edilicios. Es el centro de la raza quechua. Está situada en medio del camino entre el altiplano y las fértiles regiones cruceñas. Al pie del Tunari, en un valle extenso y fértil, trabaja la ciudad laboriosa. Su arquitectura recuerda la de Salta. Desde las proximidades de la ciudad, en el cerro de la Coronilla, un monumento conmemora el sacrificio de las mujeres de Cochabamba por la libertad de América. En el ejército de Belgrano se las evocaba diariamente. “¿Dónde están las mujeres de Cochabamba?”, preguntaba un oficial, y la tropa respondía:

“Han muerto todas por la patria, en el campo del honor”. De Tarata, en el Departamento de Cochabamba, eran Esteban Arze, el vencedor de Aroma y Mariano Melgarejo, el tirano del sexenio. La palabra “macanas”, en el sentido que la usan hoy los argentinos, tuvo su origen en el parte de la batalla de Aroma. “Ante nuestras macanas el enemigo tiembla”, dice Arze y el pueblo porteño, que no sabía el significado de la palabra “macanas”, dio un sentido diferente a la frase. Desde entonces, “la macana” fue toda paradoja, todo despropósito que provocaba en el interlocutor una reacción de sorpresa o de incredulidad. La puerta de la Catedral de Cochabamba tiene aún la marca del sable de Goyeneche. Es la región de la “chicha”, bebida fermentada del maíz, de poderosa graduación alcohólica. La mejor es la rosada, de Cliza. Primero se prepara el “muco”, mediante la masticación del maíz por paisanos expertos en el arte y el resultado de esa masticación se fermenta. Los montes impenetrables del Chapore y el agua abundante del Rocha y de la Angostura, señalaban a Cochabamba como la zona del porvenir de la economía boliviana. Ahora produce la mayor cantidad de hojas de coca.

Descendiendo de los valles cochabambinos hacia el oriente, está Santa Cruz de la Sierra, hoy la segunda ciudad en importancia de Bolivia. Pero en los años cuarenta era algo más que una aldea, con su quietud española, sus bosques, sus lluvias, sus calores, su feracidad y sus mujeres. Fuera de su espléndida vegetación. Santa Cruz se destaca por la belleza de las mujeres. La “camba” es un exponente de la bondad de la cruz española y tupí. Los

cruceños llaman “collas” a los del altiplano, con sentido despectivo, pero el colla busca mujer en Santa Cruz. Un monumento recuerda a Warnes, héroe argentino de la libertad cruceña, que fue decapitado en Pari y cuya cabeza rescató Ana Barba, una mujer del pueblo. Por el año 1935, Santa Cruz de la Sierra quiso declararse República Independiente. Dos ferrocarriles, el procedente de la Argentina, desde Yacuiba y el procedente del Brasil, desde Corumbá, ambos de carácter internacional, convergen en Santa Cruz. Ello ha dado un amplio impulso a la economía de la región. Los geopolíticos la consideran zona estratégica. A pesar de numerosas tentativas, el ferrocarril de Santa Cruz a Cochabamba, que fortalecería la unidad boliviana y que, eventualmente, permitiría la comunicación ferroviaria entre el Atlántico y el Pacífico, no ha podido construirse. Misterios de la política interna e internacional.

El Beni es la siringa. Con el auge de la goma, recuperó algo de su prestigio económico, durante la última guerra mundial, perdido cuando el “látex” asiático entró a competir con ventaja en el mercado internacional. La absorción del territorio del Acre por el Brasil, constituyó también un rudo golpe para el Beni. En 1941, cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, la venta del caucho tipo Beni fino ayudó a la recuperación económica, junto con el contrabando en gran escala del producto. El caucho, por el que pagaban cuatro pesos argentinos los norteamericanos, llegó a venderse a sesenta pesos en las fronteras de Yacuiba y de La Quiaca.

Pero hay una zona que corresponde señalar, porque será, en parte, escenario del drama. Es un paraje subtropical, situado a sólo cinco horas de La Paz que, como se sabe, se halla a cuatro mil metros de altura. Yungas, se llama. Para llegar a él hay un camino abrupto y estrecho, de descenso casi vertical, entre montes centenarios y siguiendo el curso de un río sinuoso y rumoroso. En un costado del camino, que da al precipicio, se ve gran cantidad de cruces en todo el trayecto, como recuerdo de accidentes ocurridos por el despeñamiento de camiones y automóviles. El lugar tiene su historia, porque en él se ocultaron los perseguidos políticos de la revolución de La Paz de 1809 y no era posible hallarlos en esos montes impenetrables. Su capital, Chulumani, es lugar de descanso para la gente paceña, porque allí encuentra calor, agua y hermoso panorama. La coca y el café constituyen la base de su economía. El café tiene sabor fuerte, aromático y agradable, como es difícil encontrar en ningún otro sitio de América, pero de escasa industrialización, por cuya circunstancia se consume sólo en La Paz. La coca se cultiva en gran escala, en andenes, como lo enseñaron los incas. El norte argentino mastica coca de los yungas bolivianos. Es también un estimulante poderoso para el indio, que necesita de su hoja para mantenerse durante las largas marchas. El indio yungueño usa calzón corto, de acuerdo con el clima, y el largo pelo atado a la nuca, en coleta, como los toreros. Descríbame, en mi juventud, con verso vacilante, ese paisaje:

Es un paisaje con silencio. El
viento
ha callado su voz en la espesura

y asoma por los plátanos remotos
la luz serena y clara de la luna.

Yo miro las estrellas que en el
cielo

tiritan su lejana desventura

y siento que penetra hasta mi alma
la quietud apacible de los yungas.

Ahora son las nubes. Van pasando
y las cálidas brisas las empujan,

mientras van despeinándole a los
cerros

su cabellera patriarcal de brumas.

Verdeando entre los montes
centenarios

su hoja vital para una raza adusta
—raza sin esperanza y sin justicia—,

crece, el cocal en la montaña
abrupta.

Abajo el manso río se desliza

como un reptil en su sinuosa ruta,
se quiebra sobre el lecho

pedregoso

y así florece en coruscante

espuma.

En la empinada cuesta hay una
casa

que se alza, blanca, en la quietud
nocturna.

Con Ella, en ella, yo vivir quisiera
una vida de paz y de ventura.

Y sentir que de Dios la mano
eterna

disipa para siempre nuestras dudas
y esperar sin escándalo y sin

llanto

la hora serena de una muerte justa.

influencia de la tierra y del ambiente, inspiró la fuerza sagrada del “ayllu” primitivo, y que esa fuerza persiste en las actuales generaciones bolivianas.

Un solitario pensador boliviano, Franz Tamayo, ha expresado con elocuencia esa identidad del hombre y la tierra:

La tierra hace al hombre. Y en este sentido, no es sólo el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive. Tiene un genio propio que anima al árbol que germina y al hombre que sobre ella genera. El alma de las razas está hecha del polvo de las patrias; y así el hombre no está menos arraigado al suelo que el árbol, su hermano. La tierra hace al hombre; en ella hay que buscar la última razón de su pensamiento, de su obra, de su moralidad. Hay una relación generativa entre la tierra y el hombre. Físicamente, el hombre está hecho de las sales del suelo en que vive y genera Humus, homo. No existiendo el genio de la especie, existe el genio del lugar. Genius loci.

Dadme la geografía de una nación y yo os daré su historia, dicen quienes consideran consecuencia de los fenómenos de la naturaleza la evolución económica y política de un pueblo. En Bolivia halla amplia confirmación ese pensamiento. La tierra, en Bolivia, juega un papel preponderante en sus grupos raciales, en su configuración política y en su actividad económica. Hasta puede afirmarse que esa